

El amor como emoción y sentimiento en discursos grupales de jóvenes y adultos¹

Introducción:

El amor desde la sociología de las emociones

Cuando sentimos amor por una pareja, no solamente experimentamos sensaciones psicológicas o físicas, sino también ponemos en juego una enorme diversidad de interpretaciones o creencias para evaluar eso que sentimos y aquello que deseamos que la persona amada sienta por nosotros. A partir de estas interpretaciones o evaluaciones cognitivas sobre nuestras experiencias amorosas, es que «sabemos» o «tenemos dudas» de que estamos enamorados, si nuestro amor es correspondido o no, si es verdadero o no, si es durable o pasajero, si es suficiente o no para adquirir compromisos de largo plazo, entre un mayor número de reflexiones. Las ideas que tenemos sobre qué es el amor a tal edad, para tal género, para tal forma de relación de pareja, para tal estilo de amar, tienen un origen sociocultural.

Esta afirmación que para antropólogos y sociólogos contemporáneos puede resultar inobjetable, requiere una discusión más amplia pues tradicionalmente las emociones han sido estudiadas desde perspectivas fisiológicas, neurológicas o psicológicas. En el caso de la investigación sobre el amor, puede observarse la tendencia a privilegiar los hallazgos de la neuropsicología en los que se pretende reducir lo amoroso a un

¹ Este capítulo presenta avances del proyecto de investigación «Hacia una sociología del amor: representaciones y prácticas en torno al amor y la relación de pareja en jóvenes de la zona metropolitana de Guadalajara», financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) con clave de registro: 2008-01-103206 I.

fenómeno químico de segregación de hormonas (como por ejemplo, en Fisher, 1992). Contrariamente, a esta visión reduccionista, en este trabajo se argumenta que el amor es una experiencia socioculturalmente diferenciada, lo cual se puede observar si analizamos los significados que damos a nuestras vivencias cuando estamos enamorados.

El amor, como gran parte de nuestras emociones, se constituye de experiencias subjetivas porque se viven internamente, pero no por eso debemos considerarlas individuales o exclusivamente desde disciplinas psicofisiológicas. Si queremos comprender a cabalidad cómo y por qué surgen determinadas emociones y sentimientos tenemos que partir del principio de que las experiencias subjetivas están socioculturalmente condicionadas.

Como actores sociales en todo momento estamos atentos a los juicios de otros y también juzgamos la experiencia ajena; estamos interesados en ser aceptados por otros, en pertenecer a grupos y categorías sociales; creamos parámetros de comparación para evaluar lo que nos pasa y lo que les pasa a otros, jugamos roles socialmente establecidos. Esto ocurre de manera especial cuando nos emocionamos por algo o por alguien. En este sentido podemos afirmar que las emociones son «portadoras de interpretaciones y significados dependientes de consideraciones sociales y culturales (por ejemplo de carácter ético y normativo) que definen los momentos y las circunstancias en que debe ser experimentada cada una de ellas y con qué grado de intensidad debe hacerse», así como son «creadas y sostenidas a partir de interacciones intersubjetivas y relaciones sociales» (Rodríguez, 2008). Este argumento ha sido desarrollado desde diversas perspectivas por filósofos, psicólogos y sociólogos, entre los que quisiera destacar a Martha Nussbaum (2003), Robert Solomon (1973, 1990), Andrew Ortony y colaboradores (1996), Jon Elster (2002), Jan Stets y Jonathan Turner (2008), principalmente. En estos autores aparece una visión más o menos compartida que establece que

- a) las emociones se desencadenan por cogniciones;
- b) tienen un objeto intencional (esto es que el objeto aparece en la emoción tal y como es percibido o interpretado por la persona que la experimenta);
- c) son formas intrínsecas de compromiso y juicio evaluativo; y
- d) Las emociones son objeto de evaluación y crítica (una exposición más amplia de estas propiedades puede revisarse en Rodríguez, 2008).

La sociología de las emociones y las perspectivas cognitivas ofrecen un marco general para guiar investigaciones particulares sobre emociones específicas. A partir de ellas, en nuestro caso, entendemos que el amor no es estático, permanente, ni universal, sino que se conjuga con muchas otras emociones y se transforma de manera continua. Como emoción «El amor se relaciona con el deseo, con el agrado, con el cuidado, con la pertenencia a un grupo, y etimológicamente tiene como prototipos el sentimiento maternal, el sentimiento erótico y la amistad» (Marina y López, 2001: 139). En este trabajo nos referimos exclusivamente al prototipo del amor de pareja.

El contenido del amor de pareja puede ser definido, siguiendo a Irving Singer, con relación a las nociones de *apreciación* y *otorgamiento de valor*. Para este autor, amar es una manera de valorar algo, «A la decisión de que algo vale para uno mismo la podemos denominar ‘apreciación individual’ [por otra parte], el amor crea un nuevo valor, que no es reductible al valor individual u objetivo que algo pueda tener. Este tipo ulterior de valoración lo denomino otorgamiento» (1999: 19). El otorgamiento implica una relación afirmativa hacia algo, la concesión de una importancia emocional independientemente de su valor, «cuando las personas se aman, se otorgan valor unas a otras por encima y más allá de su valor objetivo e individual» (*ibid.*: 20).

Ahora, mientras que el otorgamiento es una valoración personal, la apreciación se rige por la moral, las actitudes éticas y por una comunidad de evaluadores. En este sentido, la dimensión social aparece como la propiciadora del amor, pues «...por sí solos nuestros instintos no nos capacitarían para amar y ni siquiera para anhelar de la manera propia de los seres humanos» (*ibid.*: 37).

Retomando las distinciones que hace Elster (2002) podemos decir que el amor es una *emoción de interacción* en cuanto aparece exclusivamente cuando se da una interacción social, sea cara a cara o indirecta. Esta cualidad hace del amor una emoción intensa y de base dramática. También podemos decir que se trata de una *emoción evaluativa* en la que juzgamos personas, sus acciones y consecuencias.

En concordancia con lo planteado por Singer, Elster (*ibid.*: 327), encuentra que un antecedente de esta dimensión cognitiva de las emociones se ubica en Stendhal quien dice que «el amor requiere de la creencia en que la otra persona puede amarnos», mientras que otro antecedente

cognitivo de la emoción del amor es lo establecido por Pascal, quien afirma que alguien ama a otra persona porque cree que tiene determinadas cualidades (por ejemplo: belleza, inteligencia, etcétera).

Siguiendo esta perspectiva cognitiva de las emociones partimos de una definición del amor como una emoción construida socioculturalmente, esto es, que está lejos de ser un sentimiento primitivo o natural. El amor, como muchas otras emociones, se configura a través de conceptos y juicios que aprendemos en una cultura particular y a través de los cuales se significa y se moldea la experiencia.

En opinión de Elster desde la antigüedad:

el amor existió como una protoemoción que se manifestaba en un interés absorbente por la otra persona, un deseo intenso de estar con él o con ella, los celos inducidos por la rivalidad de una tercera persona, el dolor por la pérdida de la otra persona en definitiva, todas las formas de conducta mostradas por madame de Rênal antes de que descubriera que estaba enamorada. Esos son signos de amor y no de una alegre sensualidad o de locura. En cuanto se acuñó la idea del amor, ésta no sólo proporcionó un marco unificador a todos esos fenómenos, sino que también permitió detalles adicionales que habían estado previamente ausentes. Hoy en día las personas esperan enamorarse y se cuestionan a sí mismas si no lo hacen (2002: 315).

El amor es una emoción que como muchas otras puede expresarse como una emoción corta o pasajera, o como una emoción durable, sin olvidar los niveles intermedios. Algunos autores hacen eco del sentido común y aceptan la distinción entre enamorarse (*fall in love*) y amor (*love*) para referir la diferencia entre el enamoramiento efervescente y el sentimiento amoroso de mayor duración (para una discusión de las contradicciones de estas formas de amor ver Jackson, 1993). Esto implica una concepción del amor, como el estado naciente y revolucionario de una experiencia extraordinaria, repentina, pasajera, pero sin olvidar que el amor se transforma en algo más duradero, más ordinario o menos enfático (Alberoni, 1991).

Por la relevancia que tiene esta distinción, podríamos establecer la diferencia entre emoción y sentimiento para el caso del amor en nuestra cultura, a partir de las definiciones que ofrece David Le Breton a quien citamos en extenso:

El sentimiento es una tonalidad afectiva hacia un objeto, marcada por la duración y homogénea en su contenido. Manifiesta «una combinación de sensaciones corporales, gestos y significaciones culturales aprendidas a través de las relaciones sociales» (Gordon, 1981: 963). La emoción es la resonancia propia de un acontecimiento pasado, presente o futuro, real o imaginario, en la relación del individuo con el mundo, es un momento provisorio nacido de una causa precisa en la que el sentimiento se cristaliza con una intensidad particular: alegría, ira, deseo, sorpresa, miedo, allí donde el sentimiento, como el odio o el amor, está más arraigado en el tiempo, más integrado a la organización corriente de la vida, más accesible, también a la posibilidad de un discurso. La emoción llena el horizonte, es breve, explícita en términos gestuales, mímicos, posturales, e incluso de modificaciones fisiológicas. El sentimiento instala la emoción en el tiempo, la diluye en una sucesión de momentos que están vinculados con él, implica una variación de identidad, pero en una misma línea significativa. Se envuelve en un discurso susceptible de explicitarse a partir de valores comunes, nombra su objeto y su razón de ser, precisa su significación, es un motivo de intercambio dentro del grupo (1999: 105).

No obstante, es importante no caer en la tentación de asociar la emoción del amor efervescente con la fisiología y el cuerpo, y el sentimiento amoroso con la razón y el conocimiento cultural. Tanto la emoción como el sentimiento del amor están atravesados por conocimientos socioculturales fuertemente asentados que han sido incorporados profundamente al sentido del yo. Como plantea Le Breton,

las emociones [...] son emanaciones sociales asociadas a circunstancias morales y a la sensibilidad particular del individuo; no son espontáneas, están ritualmente organizadas, se reconocen en uno mismo y se dan a señalar a otros, movilizan un vocabulario, discursos (*ibid.*: 111).

En ambos casos, sea como emoción o como sentimiento, podemos decir que el amor es una experiencia subjetiva que genera otras emociones de valencia positiva o negativa, incluso neutras (como ocurre con el sentimiento de normalidad). De acuerdo con Marina y López (2001: 139) podemos decir que «el amor no es un sentimiento sino un deseo o sistema de deseos, acompañados, eso sí, por una corte sentimental. El

amor puede estar acompañado de alegría o de tristeza, desesperación, inquietud (...).

A partir de las consideraciones anteriores, en este trabajo suponemos, en consonancia con el pensamiento de sentido común en nuestra cultura, que el amor en las relaciones de pareja es tanto una emoción en el sentido típico de la palabra como un sentimiento que se asienta en el tiempo, sea en términos de una disposición emocional² o de energía emocional.

Denomino «energía emocional» a estos efectos perdurables. La EE es una variable continua que recorre desde el ápice supremo de la confianza, el entusiasmo y el sentirse a gusto consigo mismo, pasando por el anodino término medio de la normalidad, hasta la cima de la depresión, la privación de la voluntad de iniciativa y los sentimientos negativos hacia uno mismo (Collins, 2009: 151).

Podemos considerarlo como energía emocional, como lo ha planteado Randall Collins (2009), para comprender que el amor puede tener efectos perdurables, se acompaña de símbolos de pertenencia, y se manifiestan en diversos rituales de interacción.

Así mismo asumimos que independientemente de que el amor se manifieste como emoción o como sentimiento, es portador de múltiples interpretaciones y significados culturales. Estar enamorado no solamente hace sentir amor sino muchas otras emociones asociadas como placer, alegría, rencor, tristeza, celos, decepción, orgullo, y un gran etcétera ante los comportamientos o vivencias de la pareja. Las vivencias del amor y en el amor están sujetas a expectativas culturales fuertemente asentadas en las instituciones y la vida diaria.

Explorando los significados del amor en jóvenes y adultos a través de discusiones grupales

Una vez que hemos configurado una forma de concebir al amor desde la sociología de las emociones, estamos en condiciones de exponer

² La palabra «emoción», nos dice Elster, «puede ser tomada en un sentido 'concreto' o 'disposicional'. Las emociones concretas son episodios reales de experimentación de ira, miedo, alegría y similares. Las disposiciones emocionales son propensiones a tener emociones concretas (por ejemplo, la irascibilidad, la pusilanimidad o el buen humor)» (2002: 297).

cuál es nuestro corpus y metodología de análisis para lo que aquí presentamos. Los datos cualitativos que hemos construido para rastrear algunos significados sobre el amor que se manifiestan en grupos de distintas edades (y por consecuencia, formas de vivir y experimentar el amor y la relación de pareja) provienen de las transcripciones de dos grupos de discusión³ realizados con dicha finalidad.⁴

El primer grupo de discusión se realizó el 4 de abril de 2011 con jóvenes entre 20 y 21 años bajo la coordinación de Tania Rodríguez. Se integró con alumnos de diversas licenciaturas del área de ciencias sociales y humanidades de la Universidad de Guadalajara bajo un reclutamiento entre pares. Estuvo conformado por tres hombres y tres mujeres, todos ellos solteros, con una amplia diversidad de experiencias amorosas en el cortejo, el noviazgo, la iniciación sexual y el fultreo. La consigna detonante de la interacción discursiva fue:

El tema sobre el que vamos a platicar es sobre cuáles son aquellas cosas que hacen pelear, enojarse, indignarse, decepcionarse, a las personas cuando están en una relación de pareja o cuando están enamorados, y por qué creen que eso sucede. Una estrategia para comenzar sería que cada uno piense un tema y lo ponga aquí en la mesa. ¿Por qué creen que eso hace enojar a las personas cuando están enamoradas?

En este primer grupo de discusión se registraron un total de 124 tomas de la palabra o intervenciones de extensión variable, 56 de las cuales correspondieron a hombres, 42 a mujeres y 26 a la moderadora.

El segundo grupo correspondió a los sujetos *adultos-jóvenes* (que para enfatizar la distinción nombraremos a lo largo del capítulo solamente como adultos). Se realizó el 6 de mayo de 2011, bajo la conducción de Zeyda Rodríguez, con alumnos de posgrado en el área

³ Ambos grupos de discusión se realizaron con la colaboración de Ana Paulina Carlos y Andrea Moreno, asistentes del proyecto de investigación, quienes reclutaron a los integrantes del grupo de discusión coordinado por Tania Rodríguez, apoyaron la realización las dos videograbaciones e hicieron la transcripción de los mismos.

⁴ Un trabajo que también explora las experiencias amorosas en dos grupos de jóvenes es el de Zeyda Rodríguez Morales (2010).

de ciencias sociales de la Universidad de Guadalajara.⁵ Sus edades se encontraron entre los 26 y los 49 años, siendo ocho mujeres y dos hombres. Con excepción de uno, los demás participantes han tenido relaciones amorosas de larga duración, algunos viven en pareja y algunos tienen hijos actualmente.

El disparador para este grupo fue la pregunta:

¿Cuál es la diferencia entre lo que ustedes imaginaban sobre su relación amorosa en sus inicios, sea con la persona que están relacionados ahora o con sus primeros novios/novias, frente a lo que después se ha convertido su experiencia amorosa al paso del tiempo? En otras palabras, ¿cuál es la diferencia entre lo que soñaron y lo que realmente es la experiencia amorosa?

En este segundo grupo de discusión se registraron un total de 264 intervenciones de extensión variable, 120 correspondieron a mujeres, 34 a hombres y 110 a la moderadora. Esto se explica por la composición del grupo en el que predominaron mujeres.

Es importante aclarar que aunque las consignas detonantes de la discusión fueron distintas, ambas estuvieron enfocadas a hablar del amor desde el conflicto, la incongruencia, o lo negativo de las vivencias amorosas particulares. Y en ambas experiencias se otorgó una gran libertad a los participantes para que discurrieran a partir de los temas que ellos mismos asociaban.

Ambos grupos de discusión fueron videograbados para su registro y transcritos para su análisis. La estrategia de análisis contempló un análisis sociocultural del discurso que no está interesado en los detalles lingüísticos de las enunciaciones, sino más bien en la identificación de representaciones culturales (Quinn, 2005) sobre el fenómeno en cuestión en dos grupos sociales, jóvenes y adultos.

Para cumplir este propósito hemos considerado las siguientes dimensiones (las cuales corresponden a una selección entre el conjunto más amplio de categorías temáticas que resultaron relevantes de modo inductivo en ambos grupos de discusión):

⁵ También para la realización de este grupo de discusión se contó con la colaboración de Ana Paulina Carlos y Andrea Moreno, asistentes del proyecto de investigación.

- a) El amor como emoción y como sentimiento
- b) Las palabras y los actos de amor
- c) Los motivos de conflictos en la pareja
- d) Los mitos del amor romántico

En las secciones que presentamos a continuación se describen algunos hallazgos interesantes en ambos grupos en torno a los significados de la relación de pareja y el amor en estas cuatro dimensiones. Para que el lector pueda identificar en cada uno de los fragmentos de los grupos de discusión a los hablantes y sus secuencias de discusión, hemos incorporado una identificación numérica asociada al género del participante (Hn y Mn), la letra inicial del nombre de las moderadoras (Z y T) cuando participan en una secuencia de intervención, además de la referencia al grupo de discusión de jóvenes (GD jóvenes) o de los adultos (GD adultos). En algunos casos las citas de los grupos de discusión seleccionadas para respaldar una interpretación particular no correspondieron a una secuencia de discusión, sino a intervenciones no consecutivas o aisladas.

a) El amor como emoción y sentimiento

En ambos grupos de discusión, los jóvenes y los adultos configuraron sentidos a partir de la distinción entre el amor como emoción y el amor como sentimiento. Con el primer concepto se afianza una visión del amor arrebatada, lejos de la racionalidad y la conciencia; mientras que con el segundo, el sentimiento amoroso se justifica moralmente a partir de que ha sido alcanzado mediante esfuerzos sostenidos y compromisos de largo plazo. A este último, tanto jóvenes como adultos, le conceden más valor.

Cuando los jóvenes y los adultos hablan del amor como emoción, lo asocian a reacciones más impulsivas y temporales, y en clara alusión a lo sexual; y cuando hablan del amor como sentimiento, lo refieren como algo que conlleva una reflexión mayor y perdurabilidad en el tiempo. Como veremos más adelante esta distinción recurrente es fundamental para otorgar sentido y establecer la diferencia entre tener una pareja (en soltería o sin co-residencia) y la conyugalidad.

En el caso de los jóvenes el amor sería algo más que la atracción o el gusto por alguien. Así lo confirma un joven cuando dice «Siento que sí, el amor, está más allá del gusto» (H1, GD jóvenes), pero también algo

más que otras idealizaciones o sensaciones de placer como podemos observar en esta otra secuencia de intervenciones:

H4: –Después, cuando no los una únicamente la emoción, no los una únicamente la ilusión, el idealismo, no los una la adrenalina de tener una aventura o de estar escapando o incluso en la atracción sexual ¿qué queda?

H3: –Después de que compartes todo eso, ¿qué compartes? Pues después de treinta años, lo que has construido, no solamente lo que había antes, es lo que han formado juntos (...), todo lo que has construido, una estabilidad, una confianza. Mil y un cosas que puedes construir en treinta años [...].

H4: – [...] cuando eres más grande, esos valores aunque no te des cuenta, crecen porque es de lo poco que te queda. Ya no hablamos de bienes materiales, ya no hablamos de atracciones. Cuando eres grande no te dejas llevar tanto por los impulsos, piensas más racionalmente si queremos verlo así y es donde te pones a pensarlo (GD jóvenes).

En esta proyección hipotética observamos la conformidad de pensar el amor en el largo plazo como una vivencia estable, construida a base de compartir experiencias y valores, y más lejos de los impulsos. Esta visión se complementa con la distinción entre enamoramiento y amor: el primero lo relacionan con la emoción fugaz, el segundo con la perdurabilidad. Veamos una secuencia de intervenciones que coinciden en diferenciar el amor y el enamoramiento en el grupo de discusión de jóvenes:

M3: –Una cosa es el enamoramiento y otra cosa es el amor. Yo considero que el amor es algo que sí puede durar toda la vida, hasta que se decida entre los dos, hasta que se siga sintiendo, es algo que se siente. El enamoramiento, es algo más biológico, de atracción, diferente. No por eso quiere decir que deje de atraerte la misma persona, puede seguirte atrayendo toda la vida, así cambien sus cuerpos y demás, pero sí creo que son diferentes (GD jóvenes).

[...]

M1: –Bueno, antes que nada, cuando dije que el amor se acaba a los tres meses, era una broma. Coincido que el amor y el enamoramiento son diferentes y el amor para todos es distinto. Yo pienso que algo que construye al amor es el hecho de que estamos cambiando constantemente y si la otra persona, no que cambie contigo sino que se adapte a ese cambio, eso es una muestra de que hay

amor porque por algo te gusta esa persona y por algo vas a tener cincuenta años y si le deja de gustar el *emo*, de todas maneras vas a seguir con esa persona porque te pudiste adaptar a ese cambio de que le deje de gustar el *emo* por otras cosas que lo trascendieron. Entonces si nuestra canción era «Emily» y el día de la boda ya no te gusta, pues no importa (GD jóvenes).

En los jóvenes la distinción entre amor y enamoramiento es algo que les permite imaginar un futuro conyugal, una experiencia distinta a la que están viviendo actualmente. No obstante observamos consenso en torno a la *ventaja* que supone vivir el sentimiento amoroso en contraposición a la emoción amorosa que se relaciona con la pasión; pues en sus previsiones para el futuro reviste gran importancia. Es interesante remarcar que esta legitimación de los cambios en la pareja contradice justamente aquella idea de que los jóvenes están instalados en el presente, sin posibilidad de reflexión cuando se habla de prácticas amorosas o sexuales y sin capacidad para medir las consecuencias de sus actos.

Cuando se sitúa el amor en este doble plano se están sentando las bases para instaurar desde la significación la relación conyugal (la relación de pareja estable, duradera, racional, construida poco a poco, sea en matrimonio o unión libre). Esto ocurre tanto en enunciaciones del grupo de jóvenes como en las de adultos. Estos últimos fundamentaron gran parte de sus ideas sobre el amor y las relaciones de pareja de largo plazo a partir de las distinciones entre el enamoramiento y el amor; entre la pasión (el amor como emoción pasajera) y el amor (como sentimiento duradero); y el amor-pasión y el amor-compañero.

A diferencia de los jóvenes, estas distinciones no se usaron para justificar un determinado futuro de la pareja, sino para comprender, aceptar, legitimar las propias experiencias de conyugalidad. En las intervenciones de los participantes sobre sus vivencias particulares se observan balances entre el antes y el después, entre las distintas etapas de la pareja y del sentimiento amoroso. Veamos una secuencia de intervenciones al respecto:

Z: -¿Viviste diferencias importantes?, ¿o no vivías con tu pareja?...

M4: -No, yo nunca me he casado. Bueno, sí viví con una pareja por supuesto muchos años, pero no sé, yo pienso que esa cosa del amor es un sueño; es una utopía, no creo que realmente exista. Yo creo que es de momentos [...]

Z: –Un sueño imposible de realizar.

M4: –Yo creo que se realiza en su momento, pero cambia; todos cambiamos, en la pareja misma cada uno cambia, cambian los sentimientos, cambia la manera en que convives, la manera en como llevas la relación y bueno, llegan a diferentes puertos cada relación, toman rumbo que a veces ni siquiera nosotros imaginamos cuando estábamos súper enamorados [...]

M1: –Bueno, yo coincido contigo en que sí son diferentes etapas, y no necesariamente unas excluyen a otras, no sé, tal vez las intensidades. Hay etapas concomitantes y por ejemplo, en mi experiencia, los años que tengo con mi esposo, que ya vamos para diez, nos han enseñado a ser muy amigos, muy cercanos [...]

Con esta visión sobre las transformaciones del amor a lo largo del tiempo, con las distinciones entre enamoramiento y amor, entre amor-pasión y amor-amistad y con evaluaciones sobre qué es mejor en determinados momentos de la vida, se otorga una jerarquía moral mayor al tipo de vivencias que se relacionan con el amor frente a las que tienen que ver con el enamoramiento, y se instituye un sentido sobre qué clases de vivencias merecen el nombre de amor y cuáles no (porque serían meras idealizaciones, emociones pasajeras o vivencias fugaces). A partir de este tipo de conocimientos culturales las personas, jóvenes y adultos, aprenden a renunciar, desplazar o intercambiar sus demandas de pasión y placer sexual por otras a las que se les concede más valía, aunque también a criticar o a distanciarse del amor (como ocurre en la primera intervención de M4 en la cita anterior).

Como pudimos observar en el grupo de adultos, surgen muchos matices sobre la diferencia entre amor y enamoramiento, entre amor e idealización. Se puede afirmar que el amor «no existe» o es un «sueño», aunque se termina justificando la conyugalidad a partir de explicaciones sobre las transformaciones del amor y la pareja, los distintos tipos de amor que existen, o que las relaciones de pareja conllevan distintas «intensidades» y «etapas» que afectan la intimidad y sexualidad de la pareja.

Sobresale en varias intervenciones la mención de la amistad como el nuevo cemento de la pareja y del tiempo como un «maestro» de las relaciones amorosas que atempera la pasión y muestra a las parejas qué es lo realmente importante. De tal manera que las parejas de larga duración adquieren mayor valor o adquieren atributos positivos por estar

cimentadas en la amistad, por ser menos inciertas y por haber logrado un amplio conocimiento del otro. Estas cuatro intervenciones individuales (no consecutivas) lo ilustran:

M8: [...] se va construyendo un amor más fuerte que a lo mejor no está en el «ay, estoy loco por ti y me voy a vaciar y sólo existes tú», como fue en los primeros meses a lo mejor, pero es otro tipo de amor que te hace reconocer: «oye, eres mi compañero y vamos a vivir juntos».

M1: [...] Yo creo que esta edad es la más bonita, incluso para mí en cuanto a relaciones amorosas porque ya no me desespero, no me frustró porque «fulanito que anda conmigo tenemos muchas broncas, no sé si me va a querer». Es lo padre de los treinta, a lo mejor de repente te sientes muy seguro de lo que sientes, donde estás; bueno, a lo mejor no todo mundo.

M7: [...] Sí, pues coincidí con ellas en que tienes que ir ampliando tu mente y más que nada, esa búsqueda de esa amistad. Creo que a la larga la pasión y eso como que va y viene, pero esa amistad es lo profundo de todas las relaciones.

M1: –Los años que tengo con mi esposo, que ya vamos para diez, nos han enseñado a ser muy amigos, muy cercanos, demasiado a veces porque todo el tiempo estamos: «ay cómo te fue en esto», todo el tiempo en constante comunicación. De repente, también centrados el uno en el otro. También es una relación casi intuitiva, ya casi, casi, adivinamos lo de uno del otro. Ya estamos en otro rollo, pero muy padre (GD adultos).

Sin embargo, a pesar de reconocer muchos de los conflictos que pueblan la vida conyugal, las participantes del grupo de adultos tienen claro que vivir en pareja es lo que prefieren y el compartir tanto lo bueno como lo malo con el otro le otorga a la experiencia su intensidad. De acuerdo con sus enunciaciones, puede afirmarse que el lugar que ocupa la pasión en un momento inicial es sustituido por la riqueza del intercambio que se manifiesta en amistad, compañerismo, complicidad, apoyo, ayuda mutua y comunicación, considerados al paso de los años como elementos de mayor relevancia en el amor.

b) Las palabras y los actos de amor

En los grupos de discusión analizados, los jóvenes destacaron de manera espontánea un tema especialmente interesante, el papel de las palabras en asuntos de amor y sexualidad, mientras que los adultos no

retomaron este asunto en sus enunciaciones. Estos últimos concentraron sus intervenciones a partir de vivencias particulares, llenas de detalles biográficos, en los que se manifiesta una preocupación mayor por los actos que por las palabras.

En esta sección profundizaremos en tres sentidos a través de los cuales las palabras cobran un lugar fundamental en las reflexiones de los jóvenes:

- 1) como garantes del compromiso amoroso;
- 2) como reforzadores de la seguridad del amor del otro (o reductoras de incertidumbre); y
- 3) como ampliación o extensión de la relación sexual.

En las relaciones amorosas entre los jóvenes las palabras cumplen una función fundamental: se perciben como actos fundacionales del compromiso y, en consecuencia, como garantías para la relación de pareja. De acuerdo con este primer sentido que le dan a la retórica amorosa, el decirse uno al otro ciertas frases define el tipo de relación establecida entre ellos y por consiguiente, las normas que regirán de ahí en adelante su relación, así como el nivel de compromiso que se asume.

En gran parte de esta secuencia de intervenciones observamos la consideración de que no hay infidelidad si no hay un compromiso declarado lingüísticamente, si la relación de pareja no ha sido nombrada como de cierto tipo u otro, entonces no hay relación de pareja en sentido estricto, y en consecuencia, tampoco es posible el compromiso ni la infidelidad. Los besos, las salidas, los fajes no son suficientes para determinar la clase de relación que se tiene, es necesaria la aclaración a través de la palabra, aunque también se expresaron reservas:

T: –Es decir ¿intimidad sexual?

MI: –Ah, por ejemplo si estás con alguien que ni siquiera es como tu pareja formal y está con otra persona, pienso que no tienes como el derecho a sentir que te engañaron, porque nunca llegaste así a un acuerdo y así va ser y esto es lo que yo quiero y esto lo que tú quieres.

T: ¿ –Y qué tan explícito debe ser ese acuerdo?

HI: –Es que sí, perdón. Yo no estoy como tan de acuerdo en que tenga que ser un acuerdo como «ah sí», firmado. Porque tú sabes cuándo dañas a la persona, no, y ahí tal vez no acordaron relacionarse sentimentalmente, quiero suponer eso, no sé, te alcanzas a dar cuenta cuando ya estás lastimando a la

otra persona, y entonces hablar las cosas claras y cortar de tajo y decir: «sabes qué simplemente fue un acostón» o un fajesillo y ya, pero yo creo que sí; no es como, la violación del artículo tal.

M1: –No.

H3: –Tú lo dijiste, dejar claro las cosas. Es eso.

M1: –Por ejemplo si estás saliendo con alguien y se besan o pasan más cosas o se acuestan o fajan o lo que sea, pero ninguno de los dos ha tenido la iniciativa de preguntar qué somos y encuentras a otra persona, para mí eso no es una infidelidad, porque no tuvieron la confianza o la iniciativa ninguno de los dos de decir: ‘es que me importas hasta tal grado’, pero si ya tuvieron alguno de los dos la iniciativa de decir: «me importas hasta tal grado», para mí eso ya es como «la plática». Si ya hay una plática de qué somos para mí ya sería una infidelidad, pero si ni siquiera han dejado clara la relación qué son, pues no. No sé, siento que las cosas son una combinación de palabras y actos (GD jóvenes).

Un segundo sentido en que aparecieron descritas las palabras amorosas entre los jóvenes fue en lo que concierne a la obtención de seguridad del amor del otro. En este caso es una chica quien lo expresa de manera muy clara y directa:

T: –¿Y qué cosas pueden producir conflicto en la intimidad?

M1: –Que no te digan nada. Por ejemplo, si no te dicen qué les gusta o que estás haciendo algo bien o porqué le gustas tú como persona, que alguien se guarde todo, es: «bueno entonces, por qué estás conmigo, ¿soy suficiente para ti?, ¿te gusto o no?». Que alguien no se comunique contigo, tanto en la intimidad como fuera de ella, es muy estresante porque no sabes a «qué le tiras». Sientes que estás [inaudible] que no es la tuya. Cuando la otra persona te guía, tanto tú te sientes más confiado como atrevido a hacer más cosas como que sientes el placer de que la otra persona se siente satisfecha contigo (GD jóvenes).

En las vivencias de los jóvenes, las palabras de amor son una exigencia para sentirse amado, se usan para reducir la incertidumbre del amor incipiente, para ratificar un sentimiento, así como para enamorar a alguien de modo estratégico.⁶ En este caso las palabras son reforza-

⁶ En otra investigación constatamos que los jóvenes reconocen que la adulación lingüística es una forma estratégica para enamorar a alguien (Rodríguez y Pérez, 2007).

doras de la relación, a tal grado, que son consideradas una guía para el comportamiento subsiguiente y claves en la obtención de placer de estar con el otro.

Un tercer sentido fue el que relaciona las palabras con la relación sexual. Es interesante ver que fueron todos hombres quienes manifestaron que el disfrute sexual se extiende al hablar sobre las experiencias vividas. Veamos una parte de sus intervenciones:

H1: –Pero ahí siento que no es posible tener una relación de pareja sin atracción sexual, no, se le llama amigos a eso.

H3: –Pero era en cuanto al hecho, de lo que comentaban de cosas que no se hablan, o sea acuerdos. Es que muchas veces se habla del sexo solamente durante el sexo, normalmente a veces no se llega, y esto depende también de la pareja, bueno, en lo personal, es bonito, bueno yo siento bonito, el hecho de que bueno no estamos teniendo sexo pero igual podemos hablar de «no manches el otro día, y esto estuvo muy padre, me encantó cuando hiciste esto», «ah, pues a mí también me encanta hacerte eso». Y el hablar de sexo, no solamente mientras lo tienes, es también algo muy bonito, porque también sabes en dónde la cagas, no eres un experto, y aunque tú crees que esa es tu mejor técnica, pues te das cuenta que con él no funciona y vas a tener que llegarle de otra manera [interrumpe

H4: –O que te enseñen] o que te enseñen, porque también no lo sabes todo, y estás para aprender (GD jóvenes).

Al mismo tiempo, esas conversaciones tienen como resultado que enseñan a uno y a otro lo que más disfrutaron, constituyen una forma de aprender a hacerse el amor, reflexionando y dialogando sobre lo que «funciona» mejor. Más adelante, otro de los participantes contribuye al mismo punto, enfatizando su idea de por qué hablar de «sexo es sexy»:

H4: –[...] Yo concuerdo mucho con él en el hecho de que hablar de sexo también es sexy; es lindo, es como compartir, ya no estás compartiendo nomás el momento, porque igual y te pegó la loquera y si la persona es muy mojigata pues no se va volver a hablar de eso hasta que vuelva a pasar, y en cambio de que también haya esa comunicación abierta, esa retroalimentación, es muy bonito, te das cuenta de que estás compartiendo una experiencia más que simplemente la aventura o la noche o el ratito que duró lo placentero (GD jóvenes).

Cabe señalar que en estas descripciones resalta el uso de expresiones como «siento bonito», «es muy bonito» o «es muy lindo» que manifiestan un discurso de sensibilidad o ternura propio de las mujeres de otras generaciones, pero frecuente en los jóvenes varones de esta generación y grupo social.

Es fundamental, por otra parte, advertir que el tema de la importancia de las palabras en la relación amorosa no fue ni siquiera mencionado por los participantes adultos a diferencia de los jóvenes. Es evidente que pasar de la relación de noviazgo a la vida conyugal es un tránsito que resta relevancia a la retórica amorosa, dejándole a la dimensión de las prácticas lo sustancial de la relación y de sus evaluaciones.

Los adultos hablaron sobre el amor y la pareja desde la experiencia directa, en primera persona, al igual que los jóvenes que también discurren a partir de sus vivencias, pero con la diferencia de que estos últimos incorporaron en sus enunciaciones saberes difundidos por los medios de comunicación. En este aspecto identificamos que en el discurso de los adultos predominan las participaciones que se pronuncian sobre el amor y la pareja desde la experiencia vivida directamente, desde el yo que cuenta lo que le ha acontecido, en detrimento de las enunciaciones abstractas, sentenciosas o basadas en fuentes de conocimiento cultural no experiencial. Esto podrá observarse con claridad en la sección siguiente en la que presentaremos las intervenciones en el grupo de adultos sobre los motivos de conflicto en la pareja que se refieren a asuntos de vida práctica y arreglos conyugales. Puede interpretarse en el sentido de que en los adultos, las experiencias o vivencias son filtros importantes para recrear significados propios sobre el amor y la pareja que ocupan un lugar privilegiado frente a otras fuentes de conocimiento.

En el caso de los jóvenes, sus enunciaciones apelan de manera explícita a discursos sociales más amplios que pueden rastrearse a través del vocabulario utilizado y de las citas que usan para respaldar sus propias ideas. Si bien encontramos en sus participaciones muchas narraciones de experiencias, también identificamos conocimiento de carácter sentencioso que se citan sea para respaldar sus posiciones o para remarcar un punto de vista propio. Vemos dos ejemplos muy ilustrativos en los que se recurre a discursos de divulgación científica:

T: –¿Y cuánto dura el amor, entonces?

M1: –Dicen que tres meses porque dicen que después de tres meses el cuerpo no puede producir tantas endorfinas porque nos volvemos locos.

M2: – Pero es que también depende a qué llamas amor (primer ejemplo, GD jóvenes).

T: –Entonces otro problema que surge entre las parejas es la infidelidad. Pero, ¿por qué la infidelidad es un problema grave?

H2: –No sé, es lo que me pregunto [risas]. No es que quiera defender a los que son infieles pero resultados que dan los investigadores reportan que se considera normal la infidelidad porque se da en todo el ámbito natural; sí todas las otras especies también hacen infidelidad; sí poligamia y no hay conflicto. Sin embargo nosotros como ya tenemos establecida una moral, un código, una ética. A veces como que vamos en contra de la naturaleza y no corresponde y entramos en esos problemas. Pero yo, claro, por supuesto, que estoy en desacuerdo con la infidelidad. Creo que si de veras se quiere demasiado a una persona, se hace todo lo posible para serle fiel (segundo ejemplo, GD jóvenes).

En ambos casos, los participantes expusieron ideas provenientes de discursos de divulgación mediática de la ciencia (la etnología y la neuropsicología), aunque sin dar crédito totalmente. No obstante, la aparición de estas referencias deja entrever que los jóvenes usan los conocimientos que obtienen a través de los medios de comunicación para reflexionar sobre sus propias creencias, así como hacen eco de los mismos para generar polémicas, reflexividad o afianzar sus posiciones.

c) Los motivos de conflictos en la pareja

En el grupo de discusión de jóvenes encontramos que los motivos de indignación y conflicto más reconocidos son la mentira y la infidelidad, aunque también aludieron a los problemas de no poder conseguir a la pareja deseada o el amor no correspondido. Mientras que en el grupo de discusión de los adultos sobresale más bien el asunto de los arreglos conyugales, las dificultades de la vida en común, y enfatizan el asunto de la infidelidad.

La mentira

Cabe mencionar que el tema de la mentira estuvo ausente del grupo de discusión de los adultos. Probablemente se debe a que los adultos

participantes no estaban en búsqueda de una pareja, en la etapa de autopresentarse para agradar a un otro o de conocer al otro para valorarlo como pareja potencial, sino de una relación más o menos estable.

En el grupo de jóvenes, como veremos, este tema cobró mucha relevancia y suscitó una discusión amplia. Pudimos observar que los jóvenes sancionan negativamente la mentira porque evita que se cumpla el propósito de conocerse, aunque también señalan casos excepcionales en los que la mentira es una forma estratégica de «quedar bien» o «evitar peleas innecesarias». Este énfasis en la mentira revela la importancia que los participantes otorgan a los valores de la honestidad y la confianza en las relaciones amorosas, pero paradójicamente también establecen que las «máscaras» o «fachadas»⁷ (expresar emociones, pensamientos, gustos o deseos que no se tienen, pero que se juzgan necesarios para mantener estable el vínculo con la pareja), son un componente básico de las relaciones de pareja. Las posiciones de los participantes en el grupo de discusión, no obstante, se radicalizan cuando la mentira se asocia con el engaño y la infidelidad (esto lo revisaremos en el siguiente apartado).

Con relación a los conflictos de pareja, las jóvenes destacan aquellos que tienen que ver con el manejo de impresiones que hacen sus parejas de sí mismos y descubrir que no se corresponden con la realidad. En ambos casos la vivencia se significa con los conceptos de falsedad o mentira:

MI: [...] Por ejemplo cuando yo salía con él, cosas que quizá me pudieran llegar a causar enojo, porque en realidad no soy enojona con mi pareja, era que algo que yo tomaba como características intrínsecas de la persona, de que «él no hace esto porque me dice que no lo hace y no lo he visto hacerlo», descubrir que sí. Entonces, algún rasgo que haya sido falso y descubrir que es un fundamento de quien era esa persona, eso me hace molestar. Por ejemplo en la prepa, yo no consumía drogas ni alcohol ni tabaco, las tenía muy satanizadas y cuando descubrí que mi novio lo hacía a mis espaldas, independientemente de que no me gustara, el hecho de descubrir que lo hacía y me mentía, eso me hacía sentir enojo. Que me mintiera, no tanto lo que hacía.

⁷ Para una discusión de la importancia de las «fachadas» en la actuación social consultar Goffman (1997 [1959]).

M2: –A mí me pasó; yo tuve una pelea con mi novio, por lo mismo [inaudible]. Siempre preguntas con cuántas parejas has estado sexualmente. Él me había dicho que eran... no sé, se me hizo tonto que me dijera que habían sido más cuando habían sido menos. Entonces yo dije: «¿Cómo por qué carajos me dices que habían sido más cuando habían sido menos?» No porque sea bueno malo o malo el hecho de que sean más o menos, pero el hecho de que te mientan es como de ¿por qué a mí, qué querías lograr con esa mentira? Es tonto, ilógico (GD jóvenes).

Los jóvenes participantes también cuestionan las mentiras en la relación de pareja pues constituyen un impedimento para lograr el objetivo de conocerse y generan incertidumbre sobre con quién se están relacionado. Esto parece fundamental para cuando se busca «una relación bien», basada en los valores de la «honestidad» y la «confianza»:

T: –¿Entonces la mentira no es buena? [Todos: –No]. ¿Por qué?

H1: –Lo mismo: estás conociendo a una pareja porque quieres, tal vez, llegar a algo, ¿no? A una relación como formal, o amarse, o lo que sea. Entonces crees que estás conociendo a una persona, pero cuando en realidad te das cuenta de que hay facetas de esa persona que no conoces y que quieres conocer y no te dan acceso a esas facetas, es como ¿qué onda, no? ¿Dónde está, como la honestidad? ¿Qué estoy conociendo entonces? No hay una certeza en con quién te estás relacionando.

H3: –Pues también una relación, bueno si es lo que estás buscando, una relación bien, es a base de confianza, y las mentiras si te dan... bueno, ¿qué necesidad de estar mintiendo por ese tipo de cosas tan banales? Habrá cosas más grandes, más profundas que [inaudible]. Si lo que buscas es una relación, finalmente, honestidad, y ese tipo de confianza, si no, pues es diferente (GD jóvenes).

El consenso para sancionar la mentira en la relación de pareja lo rompe un chico que pone en duda que se mienta «para hacer algo malo, sino todo lo contrario», tratando de darle un sentido positivo, sobre todo en el caso, de las «mentiras inocentes»:

H2: –Pero, yo creo que por ese punto, quizá no sea tanto el mentir por hacer algo malo, sino todo lo contrario. Yo creo que la mayoría de las veces es para quedar bien con la pareja, por lo mismo que decías, si ve que, no sé, quizá este

programa, mejor le voy a decir que sí sé. Son esas llamadas mentiras inocentes, que, de alguna forma quieren quedar bien con la pareja, para que no se decepcione, que vean que sí hay una concordancia, entonces, por ese lado no creo que el que mienta, no es por el hecho de que oculta algo malo, sino todo lo contrario, quiere exponer algo bueno pero pues, bueno, al fin y al cabo, como mentira, uno se da cuenta y no queda bien (GD jóvenes).

Esto activa en el grupo una serie de enunciaciones que matizan la condena a la mentira en la relación de pareja. Estos matices se configuran a partir de delimitar niveles de importancia, tamaños y frecuencias de las mismas.

M3: – Sí, yo creo que es algo como mecanismo de defensa para no quedar mal, pero lo que sale peor es que la relación se pueda basar en eso, como en mentiritas, mentiritas, y ya después eso es lo que va a causar desconfianza. Si tú como pareja descubres varias, que a lo mejor son pequeñas, cositas insignificantes, pero ya luego uno empieza a desconfiar, si miente en esto, ¿en qué más me podría mentir?, aunque sean cosas pequeñas.

H3: –Pos hay de mentiras a mentiras. No es lo mismo, como decía Paulina, una mentira de que te gusta tal nieve y después descubres que no, a mentiras de... bueno ahí entran otras cuestiones de celos o infidelidades; ya es otra cuestión.

M2: –Pues creo que hasta a veces mentimos para evitar peleas innecesarias. Así como de «ay ¿te acuerdas del otro día que te enseñé tal canción?», «ay sí», y tú por tu mente «¿cuál pinche canción?», y él «ay es que no me pones atención, nunca me escuchas». Para evitar peleas innecesarias es como «ay sí», aunque a lo mejor no sea cierto [sonrisa de picardía]. Pero o sea, yo no lo considero como hay miles de mentiras, porque pues, algo insignificante, a una infidelidad o cosas más graves (GD jóvenes).

También pudimos observar que los matices que hacen respecto a las mentiras en la relación de pareja se basan en una concepción negativa del conflicto que los obliga a hacer concesiones, mentir sobre sí mismos o presentarse de una manera que se prevé agrada a otro. Las mentiras, de acuerdo con las ideas y vivencias de los jóvenes participantes en el grupo, rompen la posibilidad de «conocerse», pero también los habilitan para evitar «peleas innecesarias» o para lograr una mejor presentación de sí mismo. No obstante, las mentiras que sí

sancionan, estarían asociadas al engaño y la infidelidad, como veremos más adelante.

La vida en común y los arreglos conyugales

Los conflictos de la pareja evocados con mayor vivacidad por los participantes del grupo de adultos se refieren a los problemas que surgen con el inicio de la convivencia permanente, en un solo hogar, de los miembros de la pareja. Aquí se observa que la principal fuente de conflicto son justamente los arreglos conyugales cotidianos en los que los aspectos aparentemente menores de la relación de pareja cobran una importancia radical.

Un primer tema de conflicto que surgió en sintonía con la consigna que detonó la discusión en el grupo fue sobre el choque entre las expectativas de pareja antes de vivir juntos y después de comenzar la vida en común, así como el miedo a vivir en pareja porque limita la libertad. Estas dos intervenciones particulares son ilustrativas:

M3: –A mí la pregunta que lanzaste me hizo acordarme mucho cómo imaginé que iban a ser las cosas antes de irme a vivir con mi novio a como son ahora [...] Pero más que nada, me hizo pensar en eso. Yo, la verdad, sí pensaba que la vida en pareja era algo muy distinto, y no es que me arrepienta de cómo es ahora, pero te la pintan, me remito. Es una escalada de desilusiones como cuando pierdes la virginidad, ¿no? Las cosas no son como te las pintan, pero son mucho más complicadas. La vida en pareja, hójole, qué complicado es.

M8: –Bueno, yo a eso que dices también me identifico. Uno va teniendo como sus propios sueños, ¿no? O sus propias percepciones de cómo quieres que sea la pareja, y yo antes, siempre buscaba como parejas que no me implicaran tanto compromiso, porque yo no quería comprometerme de esa manera más profunda. Según yo, en un discurso más manifiesto, decía: «No, yo sí quiero comprometerme y estar y todo», –pero a la par tenía otro discurso: –«No me imagino nunca estar casada, yo quiero viajar me imagino otra vida y creo que el compartir en pareja no cabe en mis sueños o no se pueden compartir tan fácil». Es difícil a veces compartir a lo largo de la vida con un compañero, pero cuando conocí a Juan, mi actual esposo, pues a mí me movió muchas cosas y me hizo resignificar muchas, muchas de las ideas que yo tenía sobre lo que era estar con alguien, porque yo también igual lo veía como una carga: «hójole vas a estar encima de mí», «hójole no voy a poder soñar» cuando ahora veo y si

habré significado la idea de que puedo soñar más y que puedo construir más cosas [...] Y bueno, para mí, sí se los comparto, fue como muy fuerte decidirme a eso porque hay mucha gente que me dice: «bueno es que tú no pareces, en como lo que haces o a dónde vas, no parece que estuvieras casada», como si fuera estar atada a algo y cuando yo la verdad me siento libre y en ese sentido, me siento contenta. Todavía siento, no tengo hijos, que cuando tenga hijos pues obviamente va a significar para mí otro paso diferente y a lo mejor ya supo más la adultez de la que a estoy a veces resistiendo, pero sí ha sido como mi experiencia (GD adultos).

En el grupo de adultos el gran motivo de conflicto en la pareja fueron las dificultades cotidianas de la vida conyugal. Entre muchas intervenciones que tocaron este punto, a partir de vivencias muy particulares, pudimos observar que la complejidad de la vida en común es explicada por los participantes de distinta manera: a) porque en la vida en común ya no es posible manejar las impresiones sobre uno mismo de la misma manera en que se hacía en la etapa del noviazgo (ocultar atributos, hábitos, que pueden molestar al otro); b) porque la co-residencia obliga a enfrentar los problemas sin la ventaja de la distancia; c) porque se han experimentado cambios en la valoración positiva o negativa de determinadas cualidades de la pareja; d) porque la personalidad y los cambios de humor afectan las reacciones cotidianas; e) porque se tienen y se valoran de manera distinta los hábitos domésticos (de higiene, de alimentación, etc.), así como f) las tensiones que surgen entre los ámbitos de la vida laboral y la vida doméstica. Veamos algunos ejemplos concretos:

H1: [...] Entonces, llega un momento cuando, tal vez, empiezas a valorar otra cosa sobre otros detalles que te gustan también; entonces muchas veces no tenemos conscientes estas cosas y por lo cual, llegamos a discusiones muy fuertes hasta separarnos [...].

M5: [...] Es que es complicado pues, pero de repente es una cuestión tan cotidiana. El simple hecho de que tapen la pasta del baño. Que si eres neurótico o lo amas pues bien chingón, ¿no? Pero después de que te lo hagan ocho años y digas: «te lo he dicho veinte mil veces». O sea, también hay cuestiones culturales que de repente no todo el tiempo estás de buen humor, no todo el tiempo estás en tu buena onda, en tu buen carácter y tampoco todo el tiempo

estás en chido. Hay momentos en los que tienes muchísimo trabajo, muchísimo quehacer... y pues sobre todo cuando se carga alguien; como en el caso de nosotras con la crianza de los hijos, que sí puedes compartírselos y todo, pero al menos en mi neurosis, yo no le comparto muchas cosas. También es culpa mía, hay cosas a mi esposo que no le dejo con mi hijo. ¿Por qué? Porque no me agrada como las hace. O sea por ejemplo, la comida que sí la ha hecho, no me gusta como la hace, entonces digo: «mejor lo hago yo». Negocias otras cosas que definitivamente, pues que si vivieras sólo, no las tuvieras que hacer pero finalmente, ahí estás también (GD adultos),

M7: [...] Entonces, vas viendo ese avance de etapas y más que nada, te vas dando cuenta, como dicen ellas, de las realidades. Una cosa es lo que tú esperas. Y a veces, en eso, querer cumplir lo que tú esperas, fuerzas muchas cosas. Y no, te vas dando cuenta que esa amistad, ese gusto de la compañía vas encontrando otros caminos. Dentro de mi caso, al estar tan casada con la idea de un matrimonio, la estabilidad, fue algo que no ayudó. Entonces, sí te va cambiando mucho la perspectiva de lo que es y lo que no es [...] sí cambia mucho ésa, detalles que tú dices que ni al caso, dejaste una toalla son cosas que sólo viviéndolas, dices: «ay le molesta mucho», o a ti te molesta mucho cierta cosa que hace o que si cocino tal cosa [...] (GD adultos).

Las clases de conflictos conyugales que evocaron los participantes del grupo, muestran que el reto más importante en la relación de pareja es establecer acuerdos prácticos en muchos sentidos (de tolerancia y respeto, de hábitos domésticos, de distribución equitativa y eficiente de roles en el hogar, por ejemplo). Es interesante observar que estas dificultades prácticas, tan vívidamente enunciadas por los participantes, son comprendidas a partir de los significados sobre las transformaciones y las etapas del amor que les sirven para legitimar la propia relación de pareja.

Como señalamos antes, los jóvenes han aprendido que el amor es algo más que pasión y que la capacidad de sentir amor en una relación de largo plazo se logra con cambios y concesiones en las expectativas y las prácticas. Es interesante observar que los jóvenes prevén, si bien con distancia pues no han tenido experiencias propias de conyugalidad, las dificultades de la vida en común, de modo que consideran que un componente, entre otros, para que una relación perdure es la paciencia:

T: –Y ya para terminar, ¿hay algo que ustedes piensen como esencial para la relación de pareja?

H3: –Atención.

M2: –Comunicación [se ríe].

M3: Confianza.

H2: –Yo creo que son tres cosas: comunicación, honestidad y paciencia.

H1: –Yo creo que con ser buena persona basta.

T: –¿Y por qué paciencia?

H2: –Yo digo paciencia por el hecho de las diferencias que se tienen; o sea, se puede convivir con una persona que tenga diferentes gustos, a pesar de que nosotros no los soportemos. Pero se tienen paciencia, pues bueno, al fin y al cabo, si suponen que se realizó, se llevó a cabo una relación y funciona, pues es porque hay concordancia y esas diferencias deben ser mínimas. Entonces hay que ser paciente... se está con esa persona porque se le quiere por aquello por lo que coincidimos, y las diferencias son mínimas, que no compromete en mucho la relación.

M2: –Para aceptar como... Todos tenemos defectos. Para aceptar los defectos. Igual si yo sé que maneja muy feo, no me voy a enojar a los seis meses porque maneja muy feo si yo lo acepté así. Tener como la capacidad de aceptar vivir con los defectos que tenemos como personas.

H4: –Pero yo creo que también paciencia no nomás para resignarse a que tenga defectos sino también paciencia para, por ejemplo, si la otra persona está trabajando ciertos defectos que tiene y lo está haciendo por ti, pues también no te vas a poner «pero rapidito, eh, porque luego no te aguanto» (GD jóvenes).

La infidelidad

En torno a la infidelidad sucedió algo distinto conforme a los temas de la mentira y las dificultades de la vida en común: ambos grupos lo pusieron de manera espontánea (no inducida por las moderadoras de los grupos) en su agenda de discusión al hablar sobre los conflictos en la pareja.

Las enunciaciones de los jóvenes indican un amplio consenso en que la infidelidad es el motivo más grande o fuerte para enojarse y terminar una relación de pareja. Las razones que aducen revelan que han hecho suyas normas que indican derechos de propiedad sobre el ser amado basadas en la representación de que el amor verdadero es el amor fiel, de que el amor verdadero se siente sólo por una persona

única, aunque también con cuestionamientos importantes en el caso de la intervención de H3. Veamos una secuencia de discusión:

H2: [...] Pero yo, claro, por supuesto, que estoy en desacuerdo con la infidelidad. Creo que si de veras se quiere demasiado a una persona, se hace todo lo posible para serle fiel.

H3: –También depende de los términos a los que llegues como pareja. Ahorita me ha pasado y he conocido muchas personas que buscan el no ser fieles, el tener un *free*, el ser amigos con derechos, o el decir «puedes conocer a alguien más» [...]. Por ejemplo también me he dado cuenta que llegan a términos del hecho de bueno «te puedes meter con quien tú quieras, pero cuestiones de amor o de sentimientos, solamente conmigo». Cuestiones así pero ya depende de los términos que tú marques con tu pareja. Si tú desde el principio llegas y dices «no pues yo sólo quiero estar nada más contigo, quiero ser solamente tuyo y que tú seas solamente mío», bueno, entonces, pues, no hay ningún pro... O sea, si llegas a ese punto, pues hay que respetarlo, pero si no...

H1: –Es que no sé, a mí sí me queda mucho la duda de si como seres humanos somos animales pero también somos algo más. Al menos no somos totalmente animales, pero no sé, también sé de pingüinos o cisnes que son especies que son monógamas toda su vida. [...] entonces sí me queda mucho esa duda de si tenemos esa capacidad de ser fieles y siento que más bien tú decides todo el tiempo ser fiel, porque si no, yo estoy de acuerdo en que no es sólo un acostón, eso es lo más básico, eres fiel también en cuanto a sentimientos, [...], porque si en verdad quieres estar con esa persona, no le vas a faltar a los términos que quedaste; te estarías fallando primero a ti. Y no sé, siento, mentalmente siempre tenemos el ojito alegre y nos gustan mil personas, pero de que nos gusten a que de veras hagamos algo, está más difícil, ¿no?

H2: –Sí digo, de alguna forma por eso uno se compromete con esa persona, puedes ser, se es capaz de amar a muchas personas pero al fin y al cabo uno se le ama más que otro y se supone que si nos comprometemos con esa persona es porque la preferimos por sobre otras. Entonces creo que sí debe haber ese tipo de respeto.

Los discursos de los grupos analizados nos permiten afirmar que la concepción sobre la infidelidad está cambiando. Los jóvenes discuten sobre las posibilidades de acuerdos en la pareja en las que se acepten ciertas formas de infidelidad (la sexual, pero no la amorosa) o de relaciones con menos restricciones o exigencias. Esto parece indicar

un cambio en sus concepciones románticas basado en una creciente disociación del amor del sexo, aunque se continúa calificando como un error y por lo tanto algo que entra en el terreno de lo que se puede perdonar o no. Aquí un fragmento largo de esta discusión:

M2: –Pues sí, como dice él, tú determinas qué es infiel y qué no. Por ejemplo hay parejas de pues «hay pues un beso pues igual y sí, o un acostón». Pero para mí yo no perdonaría ni un beso [risas].

H3: –El acostón sí, el beso no [risas].

M2: –Pero, pues es como lo que dice [inaudible], fiel como a lo que tienes, no nomás a lo físico o a lo emocional, es como todo el conjunto. Pues por algo tienes pareja, ¿si no...?

H4: –Fíjate que en ese caso especial, alguna vez platicué con mi pareja de eso y si en dado caso de que existiera una infidelidad, pues de cierta forma planteamos los términos para ver cuáles eran las prioridades de cada uno, los valores, y si tú me fueras, «si yo te fuera infiel, ¿tú me perdonarías?». Y ella me dijo, «¡pues posiblemente sí», y me dijo «tú lo harías conmigo», pues posiblemente sí. Y era por el hecho de que los dos estamos muy conscientes de que igual podría ser un factor humano muy muy fuerte de ambos lados y no nos es prioritario tanto eso. [...].

T: –¿Y los demás perdonarían también?

H2: –No, yo no. Porque precisamente ya de lo que se habló anteriormente. Se supone que si yo me comprometo con una persona a amarla y quererla pues tengo que respetarla, pero si ya esa persona pues me es infiel pues yo no le perdonaría, porque sí es una situación muy delicada, no es así de que te robé una paleta, es de que se comprometen muchas cosas, yo no perdonaría eso, no daría ni una sola oportunidad.

M3: –Pues es que también depende de lo que se considere infidelidad y del momento en que te des cuenta de que lo fue [...].

M3: –Pues yo pienso que perdonar una infidelidad, la primera vez, bueno, si sucede una primera vez, dices, todo mundo la cagamos, podemos regarla y admitir nuestro error, pero si ya hay una segunda vez, tú sabes que es algo que puede seguir ocurriendo [...] (GD jóvenes).

En el grupo de discusión de los adultos encontramos un menor consenso en cuanto al asunto de la infidelidad y la posibilidad de perdonarla. Las posiciones de los participantes fueron tolerantes a la infi-

delidad si es que hubiera acuerdos en la pareja que la permitieran, o si se trataba solamente de una infidelidad sexual, pero no emocional. No obstante, con excepción de dos voces divergentes, un hombre y una mujer, la mayoría de los participantes preferían el acuerdo monogámico de no ser infiel. La infidelidad se concibe como una experiencia que atenta contra el componente de compromiso en la pareja, como podremos ver en parte de la siguiente secuencia:

M6: –[Sobre el tema de perdonar una infidelidad] Dependería del nivel de infidelidad, ¿no?

Z: –A ver, cuéntame del nivel

M6: –Bueno, sí fue un acostón. O sea, a mí en mi primera relación sí me pasó; a él le pasó y tú dices: «no pasa de un acostón», entonces no hubo algo. Pero cuando ya hay una relación como que sí te pega más; entonces, sí podrías decir hasta dónde, hasta dónde hay una fractura. Un acostón me parece que tiene más que ver con impulsos y podrías decir: «no, pues no hay bronca». Decir: «no, es que tuve una relación porque algo dentro de nuestra relación no está funcionando y me hace salir a buscar la compañía, la comprensión, a lo mejor que me escuche la otra persona», a lo mejor dices, eso sí tiene que ver más con la estructura de la relación.

Z: –¿Y no han llegado a un acuerdo explícito sobre eso?

M8: Yo sí.

Z: –¿Cómo de qué tipo?

Participación indiferenciada. No hacer infidelidades.

M8: –Sí, yo creo que hay cosas que tú aceptas en una relación de pareja e igual no tienen tanto conflicto. Yo, por ejemplo, podría pensar que a lo mejor para alguien la infidelidad no tiene tanto conflicto y si afecta, está en el rango de lo aceptable para ti, va perdónalo, estira la liga (GD adultos).

En general el grupo de adultos manifestó una actitud tolerante frente a la infidelidad, aunque también ambigua (como en el caso de M8 en el siguiente fragmento de discusión). No obstante, cuando el discurso se remite al yo, se afianza el deseo de una pareja única con la que se restituye valor al acuerdo de ser fieles:

M8: –Yo en lo personal no me lo han hecho, no me gustaría hacerlo. No sé, porque también cuando uno está metido en esas circunstancias, uno cambia y

estás sujeto a muchas cosas pero sí creo que está dentro de las cosas que yo no aceptaría, pero respeto mucho a quien dice sí: «ay perfecto» pues está en las cosas que puedo aceptar. Hay cosas para mí que yo no aceptaría en ese código, y otras que sí fácilmente aceptaría. Entonces, creo que

Z: –La infidelidad, ¿sí la aceptarías? Es que al principio como que te entendí que sí [inaudible]...

M8: No, o sea, yo respeto que cada quien tenga sus acuerdos de aceptación y de permisividad. Yo, no me gustaría que me lo hicieran, no me gustaría hacerlo; pero también estando en la situación, no sé cómo respondería o si cambiaría mi opinión.

M2: – [...] Volviendo a lo de la infidelidad, yo de repente entré en una nueva etapa en que empecé a conocer más chavos, entré a la universidad y yo dije: «pues la neta yo no le voy a poner el cuerno». Y yo lo quería muchísimo y de hecho yo me acuerdo de él y todavía hay mucha nostalgia ahí, precisamente porque fue una relación así de : «ay todo amor», pero yo lo corté.

Z: –¿Por qué?, ¿por qué?...

M2: Porque la verdad no le quise poner el cuerno y se me presentaron oportunidades. La verdad, de repente empecé a conocer chavos más grandes que yo [inaudible] O sea, yo por ejemplo, iba iniciando la carrera y conocí un chavo de derecho que estaba ya a punto de salir, entonces para mí fue como, no pues «déjame probar qué tal» (GD adultos).

Frente al tema de la infidelidad observamos la emergencia de dos discusiones básicas, una sobre las causas de la infidelidad y otra que cuestiona que la infidelidad sea algo inevitable. El detonante de la primera discusión fue la intervención de uno de los participantes en la que intentaba justificar la infidelidad por un mal funcionamiento de la pareja, argumento que fue rebatido por otras participantes:

H1: –[...] Siempre siento que de repente te ponen ciertos límites quiero decir, porque el humano a veces busca un momento para sí solo también y estar viviendo con una persona implica este momento que quisieras estar solo, esta persona aquí está y tienes que atenderla y si no lo haces, empiezan los conflictos [...] Y por lo cual también, empiezan los «peros», empieza la infidelidad como acaban de decir; que por cierto, según yo, hay infidelidad si esta persona cuando hay algo que no está funcionando en casa, buscas afuera. Entonces si pasa eso, si mi esposa se va con alguien más es porque tal vez no está funcio-

nando en casa y si no funciona, no sé si es una manera de justificarme también para mí, si mi esposa va con otra persona es porque no estamos funcionando, entonces la dejo hacer su vida en paz.

Z: –¿Todos piensan eso?

M6: No necesariamente tiene que no estar funcionando. Yo te lo digo, yo lo viví en mi primera relación, es tan fácil, tan fácil enrolarte con otra persona y no tiene que ser así de: «ay estamos súper mal, estamos a punto de tronar»; simplemente hay como que muchos estigmas en cuanto a la infidelidad y dices: «yo jamás lo haría». Yo puedo decirte que dije muchas veces que jamás lo haría, pero cuando estás ahí es «uy, de repente nos besamos», «uy, de repente nos acostamos» y regresas a tu casa «uy, tenía marido». Te dejas llevar muchas veces por el momento y no quiere decir que realmente haya algo malo en tu relación, simplemente son cosas que suceden.

Todos: Barullo e intervenciones inaudibles.

M7: [...] No necesariamente tiene que ver contigo el que una persona o que tú mismo decidas eso porque como dice el compañero, puede ser una cosa que en el momento, en una calentura, se dio y realmente tú tienes una profundidad con tu pareja o simplemente tú, en tu persona, en tu cabeza, decidiste seguir otro rumbo. No necesariamente tiene que ver con que fallaste o no con tu pareja, eso pienso que no.

M8: –Yo creo que se dan las dos... o sea, puede ser un factor, claro... se dan las dos (GD adultos).

El segundo momento de discusión también emerge a partir de una intervención masculina, a la que se le responde con un argumento sobre las consecuencias que un acto de infidelidad tiene sobre la relación de pareja. No obstante, la discusión continúa sobre otra afirmación, que la infidelidad sea casual e involuntaria:

H1: –Por eso digo que tal vez me estoy justificando con esto, pero puede ser que sea una vez; sucede. No sabes ni siquiera cómo andaba la persona cuando sucedió eso y puedo preguntar también ¿hasta qué punto podemos llamar esto infidelidad?... Una cosa que sucedió, tal vez, estábamos borrachos y sucedió tal cosa.

M1: – Pero tiene un precio, ¿no?... y hay que pensárselo mucho a la hora de querer hacer o sea, tu relación ya no va a ser la misma. Yo me la pensaría así si realmente quiero arriesgar la confianza o ese vínculo que hemos construido a tra-

vés de tanto tiempo y tantas cosas, tantas experiencias. Y pon tú que sí sea muy fácil, por una calentura no porque lo dejes de querer o lo que sea; una borrachera, no sé pero también coincido contigo de que algo hay que ya no aprecias tanto.

M4: –Pero tú, porque tú lo dijiste, tú tienes un acuerdo con tu pareja; pero realmente es que poner el cuerno es tan fácil como «salgo a la calle y me agarro a alguien».

M1: –Sí, la tentación, el diablo está ahí, Lucifer [con ironía] (GD adultos).

Frente a la infidelidad encontramos posiciones distintas en los participantes de ambos grupos: algunas aprueban la infidelidad si hay un acuerdo de libertad entre ambos, otras rechazan cualquier justificación de la infidelidad (pues el amor requiere compromiso, unicidad y entrega) y otras aceptan la infidelidad física (un «acostón») pero no la sentimental o emocional. A partir de estas enunciaciones podemos afirmar que un elemento del imaginario romántico⁸ que comienza a desdibujarse es el asunto del vínculo entre el amor y el sexo.

Entendemos por imaginario romántico aquel conjunto de significaciones que define las siguientes características en las relaciones amorosas: implica relaciones necesariamente heterosexuales; los roles por género establecidos correspondiendo a las mujeres la maternidad y la crianza de los hijos y a los hombres la seguridad y manutención de la familia; la mujer es valorada por su belleza, bondad y recato, el hombre por su honestidad y valor; el amor se demuestra por la entrega absoluta hacia el otro; la sexualidad se ennoblece en el amor; el cortejo juega un papel importante en el inicio de la relación; la iniciativa corresponde al varón; implica un compromiso fuerte como el matrimonio; la perdurabilidad de la relación no se apoya en la pasión sino en la familia y los hijos son una consecuencia «natural» de la unión; la exigencia de fidelidad es absoluta entre la pareja; el cuerpo de cada uno de los cónyuges es propiedad del otro y la relación amorosa es reconocida socialmente.

En varias intervenciones, tanto jóvenes como adultos, manifestaron posiciones tolerantes frente a la infidelidad a partir de un argumento de disociación entre el amor y el sexo. La relación sexual-coital con otra

⁸ Un texto que aborda la vigencia del amor romántico entre los jóvenes es el de Zeyda Rodríguez Morales (2006).

persona es algo que no tendría tanta importancia como para comprometer una relación conyugal o de pareja.

d) Los mitos del amor romántico

Para ponderar la presencia y ausencia de mitos románticos, así como las formas particulares en que se manifestaron en los grupos de discusión realizados, tomamos como punto de partida la propuesta de Barrón *et al.* (1999). Este autor establece que el amor romántico puede estudiarse a través de la evaluación de la prevalencia y cambio en torno a ocho mitos románticos:

- *equivalencia* (el amor es siempre una pasión intensa, incluso cuando ha pasado mucho tiempo),
- *exclusividad* (solamente se puede amar a una persona a la vez),
- *pareja ideal* (mejor complemento o predestinación de la pareja),
- *pasión eterna* (la pasión intensa debe perdurar si el amor es verdadero),
- *omnipotencia* (el amor puede superar todos los obstáculos),
- *fidelidad* (la fidelidad es una consecuencia del amor verdadero),
- *el matrimonio* (si amas a alguien debes casarte y el amor es la única razón válida para el matrimonio),
- *la pareja* (la mejor forma de vivir es en pareja, es el estado natural del hombre).

En los discursos grupales podemos identificar con claridad manifestaciones particulares del mito de la equivalencia entre el amor-pasión, y el amor-compañero, a pesar de identificar sus diferencias o contradicciones. Tanto los jóvenes como los adultos crearon distinciones entre ambas experiencias, a partir de nombres para distinguirlas y formulando ideas sobre sus transformaciones y cambios, pero mantuvieron la confianza de que en ambos casos se trata de la misma cosa: del amor. Al considerar la pasión y el compañerismo como fases, etapas, cambios de una misma experiencia, se establecen condiciones simbólicas para justificar la institución del matrimonio o de la pareja estable.

En los discursos analizados este mito de la equivalencia sirvió para distanciarse o criticar otro mito romántico, el de la pasión eterna. Ni los jóvenes ni los adultos afirmaron en su discurso la creencia de que la pasión intensa de las primeras etapas, durara o debería durar por siempre, aunque sí hablaron de cambios en las formas de intimidad sexual con el

paso del tiempo. La intervención de M8 en esta secuencia de discusión reconoce algunas clases de reducción del componente de la pasión en las relaciones de largo plazo:

Z: –Pero ¿no se te antoja tener lo otro como era al principio?...

M1: –Sí lo tengo.

M8: –[...] Claro que sería muy padre volver a tener esa pasión que en algún momento tal vez se tuvo, esta sexualidad. Yo creo que la sexualidad es una cosa que también se tiene que explorar junto con la pareja; la construcción de esa intimidad que también se va resignificando que incluso se pueden tener hasta beneficios, que ya conoces a la persona entonces ya te puedes meter y profundizar muchísimo más. No sé, yo a veces sí lo hago y lo aprovecho, pero también pasan las etapas donde te sientes poco creativo y donde te sientes poco esperanzado en ese tipo de situaciones porque las tienes que construir y bueno, para mí, sí tienen que ver con mucho de la intimidad de la pareja de qué tanto se construye, de qué tanto se respetan las diferencias, de qué tanto no se vuelve de repente una rivalidad...

Por otra parte cuando jóvenes y adultos configuraron enunciaciones alrededor del tema de la infidelidad, mostraron adscribirse al mito de la exclusividad, aunque con matices y con diferencias de opinión. Los participantes de ambos grupos asumieron que no es posible estar enamorado en sentido estricto de dos personas al mismo tiempo, aunque legitimaron la posibilidad de desear sexualmente o tener sexo con alguien de quien no se está enamorado o la idea de que el sexo con una tercera persona no significa desamor por la pareja. Esto lo lograron a partir de formas de nombrar que le quitan profundidad o relevancia al acto sexual («un acostón»), frente a la relación amorosa o emocional. No obstante, en muchas participaciones se trataba de restituir el valor de la fidelidad emocional y física como una unidad, como una manifestación del compromiso en la pareja. Los matices en el grupo de jóvenes y de adultos se configuraron a partir de los «acuerdos» que se tuvieran en la pareja, no obstante tales acuerdos en los jóvenes quedaban implícitos al otorgar un nombre o un estatus a la relación de pareja, mientras que en el grupo de adultos a partir de acuerdos explícitos, especialmente cuando se trata de otorgar libertades sexuales hipotéticas a los miembros de la pareja.

En este sentido, los jóvenes mostraron mayor consenso en sus ideas contra la infidelidad, que los adultos. En el grupo de adultos pudimos observar la emergencia de discusiones que ponen en entredicho que la causa de una infidelidad sea el desamor o los conflictos en la pareja legítima, o que, si se ama a una persona de verdad le será fiel sexualmente.

Una participación dentro del grupo de discusión de los adultos merece una mención particular pues cuestiona un componente fundamental del imaginario del amor romántico: que la relación de pareja es la relación personal más importante o que aquellos que la tienen son más felices y plenos que aquellos que no la tienen.

Al narrar su ruptura con su última novia señaló que eso significaba «por fin vuelvo a ser yo (...) Estar solo me ha servido para canalizar mi amor en otras personas, amigos que quiero mucho, gente que es muy cercana a mí». Esta visión del amor ajena al romanticismo fue acompañada de una metáfora para explicar su vivencia:

H2: –Para mí el amor es como ir a Osetia del Sur, este país de Europa Oriental. O sea, si a mí alguien me da un boleto para ir a Osetia del Sur, yo me voy; me subo al avión y voy y visito. Si no voy jamás en mi vida no voy a sentir bronca, no voy a decir: «nunca fui a Osetia del Sur, tan bonito». Si alguien llega algún día y me da un boleto y me dice: «órale, ahí está el boleto, vete», me voy chido, me la paso bien voy a disfrutar el viaje, si no llega ese viaje no hay bronca, no me voy arrepentir toda la vida de eso (GD adultos).

En este discurso lo central de la vida es el propio individuo; y su disposición para vivir experiencias nuevas es más fuerte que el de buscar o tener una relación duradera. De esta manera expone y critica el mito romántico de que la vida en pareja es mejor que la soltería, o que tener una pareja es de las aspiraciones más fundamentales en las personas. Este cuestionamiento es significativo toda vez que como plantea Budgeon (2008) es raro que se cuestione la fuerza ideológica de la cultura que privilegia el estatus del que tiene o vive en pareja tanto en la vida cotidiana como dentro de campos especializados como las ciencias sociales.

Algunas reflexiones finales

Los discursos grupales analizados destacan los cuatro componentes básicos de las relaciones amorosas que han identificado otros autores

(Yela, 1997): compromiso, intimidad, pasión erótica y pasión romántica. Así mismo las diferencias entre las narraciones observadas en el grupo de jóvenes y el grupo de adultos muestran cómo las demandas de estos componentes van cambiando a lo largo de la relación, así como en los respectivos balances que hicieron los participantes.

Los jóvenes, como los adultos, parecen distinguir dos grandes etapas, la del amor pasional y la del amor compañero o conyugal. Estas etapas han sido reconocidas también por la investigación científica y se ha establecido que la primera se caracteriza por la pasión erótica y romántica, tiene una duración breve, mientras que en la segunda se maximizan los componentes de la intimidad y el compromiso al mismo tiempo que decrece la pasión erótica y romántica (*idem.*). Estos aspectos son conocidos por los jóvenes y adultos que conformaron los grupos de discusión; lo que muestra grados importantes de reflexividad frente a las experiencias de pareja y amor.

En los jóvenes el compromiso se alcanza primero a través de la expresión lingüística que sirve para inaugurar un tipo de relación de pareja. Cuando los jóvenes dan un nombre específico a su relación de pareja y se lo comunican verbalmente, están fijando las primeras cláusulas de su relación, estableciendo un nivel de compromiso, así como expectativas de futuro. En los adultos ocurre algo similar, aunque en este caso, no se trata de definir exactamente qué somos (amigos, amigos con derecho, novios, prometidos, amantes) o qué tipo de relación se tiene (free, formal), sino más bien los acuerdos particulares sobre compromiso, exclusividad amorosa y sexual, sobre todo cuando las expectativas de relación son diferentes a lo «normal». Los jóvenes y los adultos reconocieron la opción de las relaciones de pareja tolerantes, abiertas a compromisos particulares entre sus miembros, como el de que se pueden tener relaciones sexuales con un tercero sin comprometer la propia relación. No obstante, en general la tolerancia a la infidelidad, la crítica a la monogamia como norma de relación de pareja, parecen ser más bien de orden abstracto e hipotético.

Los conflictos que viven en sus relaciones de pareja los jóvenes se sitúan en las dificultades para elegir una pareja y para lograr inaugurar la relación. En este ámbito sobresale el asunto de las mentiras en el manejo de la información de sí mismos que hacen las parejas potenciales o reales. En el caso de los adultos, el énfasis está en los conflictos coti-

dianos de la vida en común que obligan a la negociación, la concesión, o la conformidad.

Los significados sobre el amor en los discursos grupales analizados fueron distintos, a pesar de que forman parte de un mismo imaginario, el romántico, con tintes posrománticos.⁹

Es también relevante mencionar que los significados relacionados a la emoción y al sentimiento amoroso constituyen sentidos que no varían entre el grupo de los jóvenes y el de los adultos, con la salvedad de que en los primeros conforman un discurso sobre el que imaginan un futuro y en los segundos son ya una experiencia obtenida después de algunos años de vivir en pareja. Esto es muy interesante ya que nos habla de la existencia de un discurso más amplio, de tipo social, que destaca a la perdurabilidad, la sensatez y la cordura como propios del sentimiento amoroso, el cual se ubicaría en un nivel axiológico mayor, frente a la emoción amorosa relacionada con la atracción sexual, la pasión y la fugacidad, que no deben interferir en la realización del primero.

Por otra parte, entre los jóvenes se deja ver un nivel de exigencia mucho mayor entre la pareja que entre los adultos. Parecería que el romanticismo como imaginario y sus ideales y estereotipos se encuentra mucho más presente entre los primeros que entre los segundos. Si bien de modo excepcional, también observamos la emergencia de concepciones alternativas de la vida en pareja en las que se restituye valor a la soltería a partir de argumentos que destacan la importancia del Yo fren-

⁹ Ulrich y Elisabeth Beck, han propuesto llamar amor *posromántico* al nuevo estilo de las relaciones amorosas partiendo de los cambios que se registran en los ámbitos laboral, educativo, religioso y familiar, los cuales son entendidos partiendo de la idea de *individuación*, «...la biografía del ser humano se desliga de los modelos y de las seguridades tradicionales, de los controles ajenos y de las leyes morales generales y, de manera abierta como tarea, es adjudicada a la acción y a la decisión de cada individuo» (citado por Beck y Beck-Gernsheim, 2001: 19) De este modo, el sustento de la idea del amor ha dejado de ser la pareja y ha pasado a ser una responsabilidad del individuo que se busca «una vida propia». Citando a Ehrendreich y English, los autores han llamado a esta nueva dinámica amorosa *mundo posromántico*. En él «las viejas ataduras ya no obligan, el centro eres tú: tú puedes ser lo que tú quieras; tú escoges tu vida, tu entorno, incluso tu apariencia y tus emociones...» (*ibid.*: 83).

te a la idea de la pareja, a la cual ve como una experiencia más dentro de otras posibles relaciones afectivas.

Bibliografía

- Alberoni, Francesco (1991 [1979]). *Enamoramiento y amor*. México: Gedisa/Barcelona: Paidós.
- Barrón, Ana, David Martínez-Íñigo, Pilar de Paúl y Carlos Yela (1999). Romantic beliefs and myths in Spain. *The Spanish Journal of Psychology*, 2(1): 64-73.
- Beck, Ulrich y Elisabeth Beck-Gernsheim (2001). *El normal caos del amor. Las nuevas formas de relación amorosa*. Barcelona: Paidós.
- Budgeon, Shelley (2008). Couple culture and the production of singleness. *Sexualities*, 11(3): 301-325.
- Collins, Randall (2009). *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona: Anthropos.
- Elster, Jon (2002). *Alquimias de la mente. La racionalidad y las emociones*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fisher, Helen (1992). *Anatomía del amor. Historia natural de la monogamia, el adulterio y el divorcio*. Barcelona: Anagrama.
- Goffman, Erving (1997 [1959]). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Jackson, Stevi (1993). Even sociologists fall in love: an exploration in the sociology of emotions. *Sociology*, 27 (2): 201-220.
- Le Breton, David (1999). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Marina, José Antonio y Marisa López Penas (2001 [1999]). *Diccionario de los sentimientos*. Barcelona: Anagrama.
- Nussbaum, Martha (2003). *Upheavals of thought: the intelligence of emotions*. Chicago: University of Chicago.
- Ortony, Andrew, Gerald Clore y Allan Collins (1996). *La estructura cognitiva de las emociones*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Quinn, Naomi, ed. (2005). How to reconstruct schemas people share, from what they say. *Finding culture in talk. A collection of methods*. Nueva York: Palgrave Macmillan, pp. 25-82.
- Rodríguez Morales, Zeyda (2006). *Paradojas del amor romántico. Relaciones amorosas entre jóvenes*. México: Secretaría de Educación Pública/Instituto Mexicano de la Juventud.
- (2010). Tránsitos amorosos juveniles. De jóvenes a jóvenes adultos: un cam-

- bio que se diluye. María Martha Collignon Goribar, coord. *La vida amorosa, sexual y familiar en México: herencias, discursos y prácticas*. México: ITESO/IBERO.
- Rodríguez, Tania y Rebeca Pérez (2007). Representaciones sociales del amor en jóvenes urbanos. Rogelio Luna y Adrián Scribano, comps. *Contigo aprendí. Estudios sociales sobre las emociones*. Córdoba, Argentina: Universidad Nacional de Córdoba-Centro de Estudios Avanzados/ Universidad de Guadalajara, pp. 173-217.
- Rodríguez, Tania (2008). El valor de las emociones para el análisis cultural. *Papers. Revista de Sociología*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, núm. 87, pp. 143-159.
- Singer, Irving (1999). *La naturaleza del amor. De Platón a Lutero*. T. I. México: Siglo XXI Editores.
- Solomon, Robert C. (1973). Emociones y elección. Cheshire Calhoun y Robert C. Solomon, comps. *¿Qué es una emoción? Lecturas clásicas de psicología filosófica*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 321-342.
- (1990). *Love, emotion, myth and metaphor*. Nueva York: Prometheus.
- Stets, Jan y Jonathan Turner (2008). The sociology of emotions. Michael Lewis, Jeannette M. Haviland-Jones y Lisa Feldman Barret, eds. *Handbook of emotions*. Nueva York: The Guilford Press, pp. 32-46.
- Yela, Carlos (1997). Curso temporal de los componentes básicos del amor a lo largo de la relación de pareja. *Psicothema*, 9 (1): 1-15.